

El Gorgojo de Plauto

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA (Palinuro y Fédromo)

PALINURO.- *Quo vadis, Domine*, a estas horas de la noche, de punta en blanco y con este acompañamiento?

FÉDROMO.- Adonde Venus y Cupido mandan y amor aconseja que se vaya.

PALINURO.- ¿Eh? (*Sin salir de su asombro*)

FÉDROMO.- Sí, señor. Con las sombras de la noche o con las claras del día. Con el paso expedito o el enemigo en frente. Hoy es el día señalado.

PALINURO.- Pero bueno...

FÉDROMO.- ¡Pero bueno! ¡Pero bueno! Me estás jodiendo.

PALINURO.- ¡Fédromo! No te conozco. Tú, tan distinguido, con el cirio en la mano... Tú, de paje de ti mismo.

FÉDROMO.- ¿Y por qué no puedo yo portar tan noble instrumento, resultado del laborar de las abejas, extraído junto a la dulce miel, para mi dulcísimo amor...?

PALINURO.- Pero, ¿puede saberse a dónde vas?

FÉDROMO.- Lo quieres saber, ¿eh?... ¿Quieres saberlo?

PALINURO.- Te lo estoy preguntando.

FÉDROMO.- ¿Sí?

PALINURO.- (*Hace el gesto de la evidencia*)

FÉDROMO.- Pues que aquí está el templo de Esculapio.

PALINURO.- ¡Qué bárbaro! Te habrás roto la sesera.

FÉDROMO.- El que remedia los males del cuerpo... y del alma.

PALINURO.- ¡Ya! (*Se miran y se miran*) ¿Y qué?

FÉDROMO.- Y a su lado, esta puerta, amada como la niña de mis ojos. ¡Oh! ¿Te encuentras bien, puerta demasiado cerrada?

PALINURO.- (*Obnubila*) ¡Hostias! ¿??? Pero, ¿qué le pasa a éste?

FÉDROMO.- ¿Te das cuenta qué puerta? ¡La más hermosa y la más discreta puerta que he conocido! Siempre callada, sin chistar, ni pasmar. Cuando se abre??, calla. Y cuando mi amiga sale?? de noche a mi encuentro, también calla.

PALINURO.- Ya voy entendiendo. (*Le aparta a un extremo del escenario*) ¿No estarás tramando algo poco recomendable para tu posición o la de la familia? ¿O es que tratas de engañar a alguna dama decente, o que deba serlo?

FÉDROMO.- ¡Júpiter me valga! No se trata de nada de eso.

PALINURO.- Sí, sí, él te valga. Porque tienes que mirar por tu honor, tienes que hacerlo de manera que, si trasciende, no te vayas a meter en algún lío.

FÉDROMO.- ¿Qué me quieres decir con eso?

PALINURO.- Que mires bien por dónde andas. En estos asuntos hay que caminar con pies de plomo.

FÉDROMO.- Pero si ésta es la casa de un alcahuete.

PALINURO.- ¡Ah! Entonces nadie te va a prohibir que compres la mercancía que se vende. Nadie te va a prohibir que vayas por la calle, solamente si te metes en terreno acotado. No casadas, no viudas, no vírgenes, mucho menos jovencitas o muchachas nacidas libres: si es así, puedes amar lo que quieres.

FÉDROMO.- Ésta es la casa de un alcahuete...

PALINURO.- ¡Maldita sea...!

FÉDROMO.- ...el cual...

PALINURO.- ...por prestar servicios poco recomendables...

FÉDROMO.- ¡Me interrumpes!

PALINURO.- Está bien, está bien.

FÉDROMO.- ¿Callarás de una vez?

PALINURO.- Pero si me has mandado hablar...

FÉDROMO.- Pues ahora te lo prohíbo. Bien, como te iba diciendo, tiene él una siervecilla.

PALINURO.- ¿Quién? ¿El alcahuete?

FÉDROMO.- En efecto. Lo vas entendiendo.

PALINURO.- Menos mal, así no se me escapará nada.

FÉDROMO.- ¡Eres muy pesado! Quiere convertirla en puta, pero ella está perdidamente enamorada de mí, y yo me niego a entrar en su sucio juego.

PALINURO.- Y eso, ¿por qué?

FÉDROMO.- Porque la amo de verdad, porque ella me ama a mí y porque es de mi propiedad.

PALINURO.- Malo, muy malo. Mala cosa es un amor clandestino. Vas derecho a la ruina.

FÉDROMO.- Sí, señor, así es.

PALINURO.- Y dime, ¿habéis hecho ya el amor?

FÉDROMO.- Por lo que a mí respecta, pura como la nieve. Una hermana para mí. A menos que... mis besos hayan hecho mella en su pudor.

PALINURO.- Ojo con eso, que la llama sigue al humo. Con el humo solo nada se quema, pero con la llama... Quien se quiere comer la nuez rompe la cáscara, quien se quiere acostar con mujer con los besos se abre paso.

FÉDROMO.- Ella es una muchacha decente y no se acuesta con hombres.

PALINURO.- Lo creería si hubiese algún alcahuete decente.

FÉDROMO.- ¿Cómo puedes decir eso? Cada vez que tiene ocasión se escapa y viene, me da un beso y se va. Así andamos a causa de ese canalla enfermo que duerme aquí, en el templo de Esculapio, y no nos deja vivir.

PALINUR.- O Y eso, ¿por qué?

FÉDROMO.- Unas veces me pide por ella treinta minas, otras un talento fuerte. No hay forma de ponerse de acuerdo ni de hacerle entrar en razón.

PALINURO.- Estás equivocado si quieres sacar de un alcahuete lo que no tiene.

FÉDROMO.- Ahora he mandando a mi parásito a Caria para pedirle dinero a un amigo. Si vuelve sin él no sabré hacia qué parte volverme.

PALINURO.- Si es para saludar a los dioses, hacia la derecha. Ahí mismito tienes a Venus, delante de esta puerta.

FÉDROMO.- Sí, sí. Le tengo hecho un voto, le he ofrecido un desayuno.

PALINURO.- ¿Tú serás su desayuno?

FÉDROMO.- Sí, yo. Y tú y todos estos que andan por aquí. *(Señala a los espectadores)*

PALINURO.- ¿Acaso pretendes que Venus vomite?

FÉDROMO *(Al esclavo que lleva el vino).* Muchacho, el vino.

PALINURO.- ¿Qué vas a hacer?

FÉDROMO.- Enseguida lo sabrás. Aquí duerme una vieja, Leena, que guarda la puerta, una gran bebedora. Jamás se llena de vino.

PALINURO.- Uno de esos pozos sin fondo, un tonel para el vino de Quíos.

FÉDROMO.- Total, una esponja. En cuanto rocío la puerta con vino, el olor la despierta y le anuncia mi llegada. Abrirá antes de que te des cuenta.

PALINURO.- Y ese otro jarro, ¿también es para ella?

FÉDROMO.- Si tú no dices otra cosa.

PALINURO.- No, no, ¡por Hércules! Pero mejor sería que fuera para nosotros.

FÉDROMO.- ¡Chis! ¡Chiis!... Si le sobra algo será para nosotros.

PALINURO.- Despidete. No conozco ningún río que no acabe todo entero en el mar.

FÉDROMO.- ¡Vamos! Sígueme hasta la puerta. Por aquí, Palinuro. Venga...

PALINURO.- Voy allá.

FÉDROMO.- *(Rociando con vino la puerta)* Anda, bebe amiga mía, hermosa puerta. Emborráchate y muéstrate propicia. ¡Ayúdame!

PALINURO.- ¿Unas aceitunitas?, ¿unas alcaparras?, o ¿unas frituras?

FÉDROMO.- Despiértame a tu guardiana... hazla salir...

PALINURO.- ¡Qué manera de derramar el vino! Estás loco

FÉDROMO.- Mira, mira cómo se abre esta alegre casa. ¿Qué, chirría? ¡Es un encanto!

PALINURO.- ¿Por qué no la besas?

FÉDROMO.- ¡Chiiss! Ocultemos la luz... y la voz.

PALINURO.- Tú mandas.

ESCENA SEGUNDA *(Palinuro, Fédromo y Leena)*

LEENA.- Un perfume de vino añejo a mi nariz se ofrece con ardiente deseo, en la oscuridad me llama. ¿Dónde, dónde está? Muy cerca. Albricias, ya te tengo. Yo te saludo, alma mía, oh espíritu de Baco. Tu vejez junto a la mía deseo, ancianidad dichosa. A tu lado, la flor un hedor nauseabundo parece. Tú para mí eres mirra, rosa, azafrán y canela, cinamomo y lavanda, eres la esencia del heno. Donde tú estés derramado quiero tener mi tumba. Pero Baco, hasta aquí sólo tu olor me llega y el placer verdadero por la garganta pasa: no es el olor lo que quiero, es a ti mismo, sentirte, tragarte, tener tu licor adentro sin tardanza... Mas por aquí se fue, te sigo.

FÉDROMO.- *(En voz baja a Palinuro)* Esta vieja tiene ser.

PALINURO.- Y no poca.

FÉDROMO.- Es prudente, le cabe una tinaja.

PALINURO.- ¡Por Pólux! Según tú, esta tía vieja no tiene bastante ni con la vendimia de este año. Debería ser un perro por el olfato que gasta.

LEENA.- Por favor, ¿de quién es esa voz que se oye tan lejos?

FÉDROMO.- Me parece que tendremos que llamarla. Me acercaré. ¡Chiss! ¡Aquí!, Leena, date la vuelta. Estoy aquí.

LEENA.- ¿Quién me llama?

FÉDROMO.- El dueño del vino, el complaciente Baco, que trae el remedio para calmar tu sed.

LEENA.- ¿Dónde estás, que no te veo?

FÉDROMO.- Mira la luz.

LEENA.- Acércate rápido, ven a mí, te lo suplico.

FÉDROMO.- ¡Salud!

LEENA.- ¿Yo salud, que me muero de sed?

FÉDROMO.- Estás a punto de calmarla.

LEENA.- ¡Muy tarde! ¡Vamos!

FÉDROMO.- Toma, hermosa.

LEENA.- ¡Salud, niña de mis ojos!

PALINURO.- Échatelo rápido al coletto. Haz una buena limpieza de cloaca.

FÉDROMO.- Calla. No permito que la insultes.

PALINURO.- Entonces, prefieres que la zurre.

LEENA.- ¡Oh Venus! Te voy a ofrendar un poquito... de lo poco que tengo... sin ganas. A ti todos los amantes te dan vino cuando

beben por sus amigas. Pero yo, triste, tengo tan pocas ocasiones.

PALINURO.- La muy asquerosa, mira cómo engulle, un vino tan rico, a borbotones.

FÉDROMO.- Palinuro, estoy perdido. No sé cómo empezar.

PALINURO.- Dile lo que acabas de decirme.

FÉDROMO.- Y, ¿qué acabo de decirte?

PALINURO.- Que estás perdido.

FÉDROMO.- ¡Los dioses te maldigan!

PALINURO.- Vamos, ¡díselo!

LEENA.- ¡Ah!

PALINURO.- Qué, ¿nos ha gustado?

LEENA.- *Ta bueno*

PALINURO.- Si no fuera porque... te clavaba el cuchillo.

FÉDROMO.- Chitón, que me lo jodes.

PALINURO.- Como un muerto. (*Señala a la vieja que se gira para vaciar el jarro*) ¡Toma! ¡El arco iris! Me parece que va a llover.

FÉDROMO.- ¿Se lo digo?

PALINURO.- ¿El qué?

FÉDROMO.- Que estoy perdido.

PALINURO.- Anda, díselo.

FÉDROMO.- Escucha, vieja... Quiero que sepas una cosa. Estoy completamente perdido.

LEENA.- Yo, en cambio, estoy salvada por completo. Pero, ¿de dónde te sacas la idea de que estás perdido?

FÉDROMO.- Estoy privado del objeto de mi amor.

LEENA.- Fédromo mío, por favor, tú no te aflijas. Tú no me dejes morir de ser y yo te traeré ahora mismo a tu amor.

FÉDROMO.- Si me das tu palabra, te levantaré una estatua, no de oro, de vides. Un monumento a tu garganta. ¿Quién puede hacer en la tierra, ¡oh Palinuro!, tan afortunado como yo, si ella viene a mí?

PALINURO.- Cómo estás amo. Pero si el dinero no llega lo pasarás mal.

FÉDROMO.- No te pongas en lo peor. Estoy seguro de que hoy vendrá mi enviado con el dinero.

PALINURO.- Estás apañado si esperas lo imposible.

FÉDROMO.- ¿Qué te parece si me acerco a la puerta y le canto una canción?

PALINURO.- Si ese es tu gusto, yo no te lo voy a quitar. Pero no te conozco, amo, no pareces el mismo de siempre.

FÉDROMO.- ¡Cerrojilos! ¡Oh, cerrojillos! Con placer os saludo, a vosotros deseo, a vosotros amo, os suplico e imploro que os mostréis complacientes con un enamorado. Convertíos por mí, por mi amor, en danzarines livianos: saltad, brincad de gozo y abrid paso a mi amante, la que bebe mi sangre de infeliz enamorado. Pero, mirad cómo duermen los perezosos cerrojos: no se conmueven ni apresuran con mi alegre canción, lo estoy viendo, no desea, no quieren complacerme. ¡Silencio! ¡Silencio!

PALINURO.- ¡Callo!

FÉDROMO.- Ya escucho un suave rumo. ¡Al fin los cerrojos se me muestran propicios!

ESCENA TERCERA (*Leena, Planesia, Palinuro y Fédromo*)

LEENA.- Sal despacito, sin hacer ruido con la puerta, sin que chirrién los goznes. ¡Que no se entere el amo, Planesia mía, de lo que estamos haciendo! Aguarda, le pondré un poco de agua... Eso es.

PALINURO.- Mira la vieja, hecha un temblor, cómo practica la medicina. Ella se bebe el vino y a la puerta le pone el agua.

PLANESIA.- ¿Dónde está el que me ha citado ante el tribunal de Venus? Ya estoy aquí. Y tú, ¿qué haces que no te allegas?

FÉDROMO.- Heme aquí. Y si no acudiera a la cita merecería tus reproches. ¡Miel de mis labios!

PLANESIA.- Mas no es justo que un enamorado permanezca tan alejado de mí.

FÉDROMO.- ¡Palinuro! ¡Palinuro!

PALINURO.- Aquí estoy. ¿Qué hay de bueno para que llames a Palinuro?

FÉDROMO.- ¡Qué linda es!

PALINURO.- ¿Linda? ¡Muy linda!

FÉDROMO.- Me siento un dios.

PALINURO.- ¿Un dios? Un pobre hombre es lo que eres.

FÉDROMO.- ¿Has visto o has oído alguna vez algo equiparable a esto?

PALINURO.- Lo que veo es que estás un poco así como... y no sabes cuánto lo siento.

FÉDROMO.- ¡Calla! Me estás fastidiando.

PALINURO.- Hay que ver qué manera de perder el tiempo: la tiene delante y no se abalanza sobre su amor.

FÉDROMO.- Hace bien en reprenderme. No hay nada que yo desee con más ardor desde hace tiempo.

PLANESIA.- Pues, tómame. Estréchame entre tus brazos.

FÉDROMO.- Por esto amo la vida. Y ya que tu patrón te tiene apartada de mí, te poseeré en secreto, furtivamente.

PLANESIA.- ¿Que me tiene apartada de ti, dices? No lo consentiré, a no ser que la muerte cruel me arranque de ti.

PALINURO.- No lo resisto más. Hay que tomar medidas. Porque amar con prudencia es bueno, amar sin perder el juicio es bueno, pero así, entregado locamente... y eso es lo que está haciendo mi amo.

FÉDROMO.- ¡Que los reyes se queden con sus reinos, los ricos con su riqueza y los caudillos con su honor, sus gestas y sus victorias! Con tal que yo tenga lo mío, cada cual se quede con lo suyo.

PALINURO.- Ya está bien, Fédromo. ¿Has hecho la promesa de consagrar toda la noche a Venus? Mira que ya clarea.

FÉDROMO.- Tú, a callar.

PALINURO.- ¿A callar? ¿Es que no vamos a dormir?

FÉDROMO.- ¡Yo ya duermo! No me grites.

PALINURO.- ¿Cómo que duermes?

FÉDROMO.- Duermo, a mi manera. Este es mi dulce sueño.

PALINURO.- Escucha, señora, perjudicar así a quien nada te ha hecho no es bueno.

PLANESIA.- ¿Qué dirías tú si éste te quitara la comida del plato cuando estás comiendo?

PALINURO.- Nada que hacer. Los dos perdidamente enamorados. Los dos se han vuelto locos. Cómo se dan a la tarea. Y no se cansan de abrazos. ¿Queréis acabar de una vez?

PLANESIA.- No hay felicidad que cien años dure. A nuestro placer le ha salido este pelmazo.

PALINURO.- ¿Qué dices, desvergonzada? ¿Tú, con esos ojos de lechuza, te atreves a llamarme a mí pelmazo? ¡Cara de tórtola!

FÉDROMO.- ¡Te atreves a insultar a mi Venus! Tú, un esclavo para las vergas, ¿te atreves a meterte en mis asuntos? ¡Por Hércules, que vas a saber lo que es bueno! Toma, eso por tu lengua larga, para que aprendas a medir tus palabras.

PALINURO.- ¡Auxilio, Venus protectora de la noche!

FÉDROMO.- ¿Aún quieres más?

PLANESIA.- No te molestes en golpear una piedra, no vayas a estropear la mano.

PALINURO.- ¡Así me pagas! Con un escándalo. A puñetazos con quien bien te aconseja. Y amas a esta mujer ignorante. No esperaba de ti semejante comportamiento.

FÉDROMO.- Tú sí que eres ignorante. ¿Dónde has visto tú un enamorado sensato? Tráemelo aquí y te doy su peso en oro.

PALINURO.- Dadme, dioses, un amo sano de la cabeza y lo pagaré a peso de oro.

PLANESIA.- Adiós, niña de mis ojos. Oigo ya el rechinar de goznes. El guardián del templo abre sus puertas. ¿Hasta cuándo?, di, ¿hasta cuándo durará este amor furtivo?

FÉDROMO.- No durará nada. Hace tres días envié a mi parásito a Caria en busca de dinero. Hoy mismo estará aquí. Y en cuanto llegue...

PLANESIA.- ¡Siempre dices lo mismo!

FÉDROMO.- ¡Te lo juro! No consentiré que duermas tres días más en esta casa.

PLANESIA.- ¡No lo olvides! Y toma un último beso antes de partir.

FÉDROMO.- ¡Dioses! No lo cambiaría por un reino. ¿Cuándo volveremos a vernos?

PLANESIA.- De ti depende: procura mi libertad si de verdad me amas. No vengas como mendigo. Preséntate con una buena oferta. ¡Que lo pases bien!

FÉDROMO.- ¡Muerto estoy, Palinuro! ¡Me abandona! ¡Me abandona ya!

PALINURO.- Yo sí que estoy muerto, de golpes y de sueño.

FÉDROMO.- Andando, sígueme.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA (*Capadocio y Palinuro*)

CAPADOCIO.- Es asunto decidido. Dejaré el templo, en vista de las intenciones de Esculapio: no me hace ningún caso ni quiere curarme. Mi salud disminuye y mi mal aumenta. Al andar siento el bazo como si fuera una faja, como una cinta tirante, tirante, como si estuviera preñado de gemelos, a cada paso temo partirme en dos mitades. ¡Miserio de mí!

PALINURO.- (*Sale de casa*) Deberías escucharme, Fédromo, y no pensar más en el asunto. Ya vendrá. Dale tiempo para que recorra el camino de Caria. Yo me inclino a pensar que traerá el dinero, porque, de lo contrario, no habría cadena suficientemente gorda como para impedir que volviera a su pesebre, en busca de su pitanza.

CAPADOCIO.- ¿Quién habla por ahí?

PALINURO.- ¿De quién es esa voz?

CAPADOCIO.- Me parece que éste es Palinuro, el siervo de Fédromo.

PALINURO.- ¿Quién es ese tío con el vientre como un bombo y los verdosos? El tipo me resulta conocido, pero el color de la cara... no adivino quién pueda ser. ¡Anda! Ahora sí lo reconozco. Es Capadocio, el alcahuete. Voy a darle un tiento.

CAPADOCIO.- Salud tengas, Palinuro.

PALINURO.- Salud tengas, modelo de malhechores. ¿Qué hacemos?

CAPADOCIO.- Voy tirando.

PALINURO.- Como tú te mereces. ¿Y qué hay de bueno?

CAPADOCIO.- El bazo me martiriza, los riñones me torturan, los pulmones se me salen por la boca, el hígado me atormenta, la raíces del corazón están arrancadas, las tripas me producen retortijones...

PALINURO.- Es decir, que padeces una enfermedad hepática.

CAPADOCIO.- Y el bazo hinchado.

PALINURO.- Para el bazo te recomiendo unos buenos paseos, es lo mejor.

CAPADOCIO.- Es fácil burlarse de un infeliz.

PALINURO.- Pues espera unos días a ver si enfría el tiempo mientras se te pudren las tripas, para que se salen luego bien. Si lo haces así, podrás venderlas luego a buen precio.

CAPADOCIO.- Déjate de bromas.

PALINURO.- Te estoy dando un buen consejo.

CAPADOCIO.- Te quería preguntar una cosa. ¿Serías capaz de interpretar lo que he soñado esta noche mientras dormía?

PALINURO.- ¿Qué dices? Tienes delante de ti, precisamente, al más competente en materia de adivinaciones. Hasta los profesionales

acuden a mí en busca de ayuda. Y lo que les digo yo es su guía.

ESCENA SEGUNDA (*Cocinero, Palinuro y Capadocio*)

COCINERO.- Palinuro, ¿qué haces perdiendo el tiempo? Más valdría que fueras sacando de la despensa todo lo necesario para la comida del parásito, que estará a punto de llegar.

PALINURO.- Un momento, si te place, lo que tardo en descifrar el sueño de este buen hombre.

COCINERO.- ¿Tú de intérprete? Pero si tú acudes a mí para que yo descifre los tuyos.

PALINURO.- Es cierto.

COCINERO.- Anda, ve y sácame todo el pedido.

PALINURO.- Está bien, entretanto cuéntale aquí a este tu sueño. Estás en buenas manos. Todo lo que yo sé a él se lo debo.

CAPADOCIO.- ¿Y querrá él escucharme?

PALINURO.- Ya lo creo.

CAPADOCIO.- Ahí lo tienes. De lo que ya no hay. Un hombre respetuoso con su maestro. ¿Estás dispuesto para escucharme?

COCINERO.- Aunque no tengo el gusto... Adelante.

CAPADOCIO.- Esta noche, en mi sueño, me pareció ver a Esculapio, allí sentado, a lo lejos, y no parecía que quisiera hacerme mucho caso que digamos.

COCINERO.- Lo mismo que harán los demás dioses, no lo dudes. En eso marchan todos muy de acuerdo. No me extraña que no estés mejor. Te habría tenido más cuenta haber ido a dormir al templo de Júpiter, por el que es seguro que has jurado.

CAPADOCIO.- Bueno... Si todos los que han jurado en falso fueran a dormir allí, no quedaría un sitio en el Capitolio.

COCINERO.- Escúchame. Tienes que pedir perdón a Esculapio, que no te ha comprendido nada. Tienes que hacerlo, si quieres remediar tu desgracia.

CAPADOCIO.- ¿De verdad? Ahora mismo voy a rezarle... Gracias, muchas gracias... (*Entra en el templo*)

COCINERO.- Mal rayo te parta, alcahuete... (*Entra en casa de Fédromo*)

ESCENA TERCERA (*Gorgojo, Fédromo y Palinuro*)

PALINURO.- ¡Por todos los dioses! ¿Qué veo? ¿Quién es aquél que viene por allí? ¿Acaso no es el parásito de Fédromo? ¡Eh, Fédromo, sal de prisa! ¡Corre, ya está aquí!

FÉDROMO.- (*Saliendo*) ¿Qué voces son éstas?

PALINURO.- Tu parásito. Mira cómo corre. Allí al fondo de la plaza. Mírale desde aquí.

FÉDROMO.- Sí. Es él.

GORGOJO.- Abran paso, fuera todos, en tanto que mi deber cumplo; huid todos y apartaos de mi camino, idos, no sea que con el impulso que traigo, a alguno con la cabeza, con el pecho, con el codo, e incluso con la rodilla pudiera golpear. El negocio que traigo entre manos urge, lleva prisa y nadie en este mundo será capaz de frenarme, ni estratega, ni tirano, ni celador del ganado ni demarco, ni comarco, ni persona de altos vuelos que no caiga de rodillas en la acera o en el suelo. Incluidos esos griegos de grandes mantos cubiertos que pasean por el mundo siempre cargados de libros dispuestos a discutir de lo divino y lo humano interrumpiendo el camino, dictando siempre sentencias. A quienes siempre veréis camino de la taberna en busca de la bebida que primero les excita y luego les emborracha, les entristece y marchita. Si con ellos me tropiezo, les voy a sacar las tiras. Y esos otros, esclavos de los bufones, que en la calle juegan, dando y recibiendo, yo he de sepultarlos. Que no salgan, es mejor, si quieren estar seguros.

FÉDROMO.- Cómo se explica este hombre. Habla con propiedad, como si tuviera autoridad para hacerlo. Cómo está el servicio. No se puede con ellos.

GORGOJO.- ¿Hay por aquí alguien que pueda decirme dónde está Fédromo? Es preciso que lo vea. Le traigo un asunto urgente.

PALINURO.- Te busca a ti.

FÉDROMO.- Vamos a ver qué nos trae. ¡Hola, Gorgojo!

GORGOJO.- ¿Quién llama? ¿Quién pronuncia mi nombre?

FÉDROMO.- Alguien que quiere hablar contigo.

GORGOJO.- Justo lo mismo que quiero yo.

FÉDROMO.- ¡Al fin has venido, Gorgojo querido! Te esperaba impaciente. ¡Salud tengas!

GORGOJO.- ¡Salud!

FÉDROMO.- ¡Cuánto me alegra saber que has llegado con bien! Dame tu mano. Y, dime, en qué punto se hallan mis esperanzas. ¡Por Hércules! Cuéntame, te lo ruego.

GORGOJO.- Y las más, ¿dónde se hallan? Dime, te lo ruego.

FÉDROMO.- ¿Qué te pasa ahora?

GORGOJO.- Desfallezco. Se me doblan las piernas. Se me nubla la vista. Tengo hambre.

FÉDROMO.- Eso es del cansancio.

GORGOJO.- Sostenedme, sostenedme, por favor.

FÉDROMO.- Se ha puesto pálido. Un asiento, rápido. Una palangana, de prisa.

GORGOJO.- Estoy muy malito.

PALINURO.- ¿Quieres agua?

GORGOJO.- Prefiero sopa, y pronto, que me la sorberé de un trago.

PALINURO.- ¡Así revientes!

GORGOJO.- ¡Apresuraos! Haced que sea un buen viento el que me ha traído.

PALINURO.- Eso está hecho. (*Le abanicen los dos*)

GORGOJO.- Pero, ¿qué hacéis?

PALINURO.- Aire.

GORGOJO.- No es aire lo que quiero.

PALINURO.- Pues aclárate y dínos qué quieres.

GORGOJO.- Comida. Y celebraremos mi vuelta.

PALINURO.- ¡Que Júpiter te mande un rayo!

GORGOJO.- ¡Estoy perdido! Los dientes me castañetean, tengo la garganta seca de hambre y de sed y las tripas me suenan.

FÉDROMO.- Enseguida vas a comer alguna cosilla.

GORGOJO.- Alguna cosilla no. prefiero algo más sólido.

FÉDROMO.- Si tú supieras lo que te espera.

GORGOJO.- A ver, a ver. Porque ya tengo los dientes largos.

FÉDROMO.- Jamón, panceta, teta de puerca, costillas, papadas...

GORGOJO.- ¿Quieres decir que todo eso está en la despensa?

FÉDROMO.- No, en el plato. Te está esperando. Lo hemos preparado para ti, al saber que venías.

GORGOJO.- No te burlas. Con las cosas de comer no se juega.

FÉDROMO.- ¡Así me ame mi amiga como no miento! Pero vayamos al asunto. ¿Qué me traes de Caria?

GORGOJO.- Nada de nada.

FÉDROMO.- Me has hundido.

GORGOJO.- Pero puedo sacarte a flote si me ayudas. Según me ordenaste, fui a Caria. Encontré a tu amigo y le pedí el dinero. Él te aprecia de verdad, te profesa un verdadero afecto. Y no se ha echado para atrás, tal y como debe ser entre amigos que desean ayudarse. Me contestó con pocas palabras y con una sinceridad absoluta... él, como tú, está sin un chavo.

FÉDROMO.- Me matas con lo que dices.

GORGOJO.- Todo lo contrario, te salvo. Yo quiero tu salvación. Cuando me dio la respuesta, me marché de su casa camino del Foro, pensando en la inutilidad del viaje. De pronto, me topo con un soldado. Me acerco a él y le saludo. «Salud tengas», me contesta. Me toma de la mano y me pregunta a qué he venido. Yo le respondo: «De paseo». Pegamos la hebra y me pregunta si conozco en Epidauro a un banquero llamado Licón. Le dije que sí. «¿Y a Capadocio el alcahuete?». «Ya lo creo, voy a menudo a su casa». «Y ¿qué asuntos tienes con él?». «Le he comprado una muchacha, por valor de treinta minas, más la ropa y las joyas, que suman diez minas más», me explica. «¿Le ha entregado ya el dinero?», le pregunto. «No, lo tiene en depósito un banquero, aquel Licón que te dije, con la orden de que en cuanto se presente alguien allí con una tablilla con mi sello, entregue el dinero al alcahuete para que, a su vez, entregue la muchacha, las ropas y las joyas». Nos despedimos y me fui, pero enseguida me llamó y me invitó a cenar. «¿Qué tal estaría si vamos a casa y nos sentamos a la mesa?» Sentí escrúpulos y no supe negarme. «Me agrada la idea», le dije. Y así lo hicimos. Después de comer y beber espléndidamente, pidió los dados y me propuso jugar una partida. Acepté, mi capa contra su anillo, e invocó el nombre de Planesia.

FÉDROMO.- ¿Mi amor?

GORGOJO.- ¡Momento! Él tiró los cuatro buitres. Recojo los dados, invoco a mi nodriza y, ¡Hércules!, la suerte real. Le ofrezco una copa hasta el borde, él la vacía, y quedó frito. Yo le birlé el anillo, saqué los pies del lecho despacito, sin despertarle, y salí. Los esclavos me preguntaron adónde iba. Les contesté: adonde van los que han comido y bebido más de la cuenta. Y salí por pies.

FÉDROMO.- ¡Muy bien!

GORGOJO.- Eso dímelo cuando acabemos lo que estás deseando hacer. Ahora a escribir y sellar las tablillas.

FÉDROMO.- Vamos a ello.

GORGOJO.- Primero comamos alguna de esas cosillas: el jamón, la teta de puerca, la papada para complacer el vientre. El pan, los asados, una buena copa, una oronda olla... para que las ideas acudan con oportunidad. Tú redactas la carta. Éste servirá la mesa. Yo... comeré. Ya te diré cómo has de escribir. Sígueme.

FÉDROMO.- Adelante.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA (*Licón, Gorgojo y Capadocio*)

LICÓN.- La gente me considera un hombre feliz. He echado mis cuentas, pues quiero saber cuánto tengo y cuánto debo. Soy rico si decido no pagar a mis acreedores. Si pago debo más que tengo. Pero, por Hércules, prefiero declararme insolvente ante el pretor. Eso es lo que hacen la mayoría de los banqueros. Reclaman sus deudas y no pagan a nadie. Y si alguien levanta la voz, salen a relucir los puños. Quien gana dinero y no lo guarda, muy pronto pasa hambre. Ahora deseo comprarme un esclavo. Si encontrara alguno en préstamo... la inversión es dinero.

GORGOJO.- (*Sale de la casa y habla a Fédromo, que está dentro.*) Satisfecho, como estoy, no necesito instrucciones. No se me olvidará nada. Te lo voy a arreglar todo como es debido. Descuida. (*Aparte*) ¡Por Pólux, que he quedado bien repleto! Aún he dejado un huequecito para otra despensa y para guardar en él las sobras de las sobras. ¿Quién será ése que reza a Esculapio con el manto por la cabeza? ¡Toma! El que yo buscaba. Haré como que no lo conozco. ¡Hola, tú! A ti te hablo.

LICÓN.- ¡Salud, tuerto!

GORGOJO.- ¿Te burlas, eh?

LICÓN.- Eres de la estirpe de los Cocles, todos tuertos.

GORGOJO.- Esta honrosa herida la recibí en Sicione, una catapulta.

LICÓN.- Y a mí, ¿Qué me importa si fue así o fue con una olla de la ceniza?

GORGOJO.- (*A los espectadores*) Este tío es un adivino, sabe cómo ha sido. Menuda catapulta la olla. (*A Licón*) De joven, y por la causa de la patria, llevo esta señal. Te ruego que no me insultes.

LICÓN.- Sigue tu camino, soy un hombre muy ocupado.

GORGOJO.- Ya te dejo. Pero antes podrías indicarme a la persona que busco. Estoy buscando a Licón, el banquero.

LICÓN.- Y dime, ¿qué asunto tienes con él? ¿De parte de quién?

GORGOJO.- Me envía el soldado Terapontígono Platagidoro.

LICÓN.- ¡Por Pólux! Me suena ese nombre, llené cuatro tablillas para escribirlo entero. Y, ¿qué quieres de Licón?

GORGOJO.- Me ha dado estas tablillas para que se las entregue.

LICÓN.- Y, ¿tú quién eres?

GORGOJO.- Un liberto suyo. Todos me llaman Muelleflojo.

LICÓN.- Salud tengas, Muelleflojo. Y eso de Muelleflojo, ¿por qué?

GORGOJO.- Porque cuando me emborracho, me duermo y mojo las sábanas. Por eso todos me llaman así.

LICÓN.- Entonces será mejor que busques hospedaje en otra parte. En mi casa no hay sitio para ti. Pero el que buscas soy yo.

GORGOJO.- ¡Cómo! ¿Tú eres Licón, el banquero?

LICÓN.- El mismo.

GORGOJO.- Terapontígono me ordena que te dé muchos recuerdos, y me ha encargado que te entregue estas tablillas.

LICÓN.- ¿A mí?

GORGOJO.- Sí, señor. Mira bien el sello. ¿Lo reconoces?

LICÓN.- Claro que sí. Un guerrero con escudo que atraviesa, de un sablazo, un elefante.

GORGOJO.- Quiere que se cumpla puntualmente lo que ahí viene escrito, si es que quieres serle grato.

LICÓN.- Apártate. Voy a leer.

GORGOJO.- ¡No faltaba más! Con tal que yo consiga lo que busco, haré lo que quieras.

LICÓN.- *(Leyendo)* «Terapontígono Platagidoro, soldado, saluda con afecto a Licón, su huésped en Epidauro»

GORGOJO.- *(A los espectadores)* Ya es mío. Se tragó el anzuelo.

LICÓN.- «Te ruego encarecidamente sea entregada al portador de la presente la muchacha que compré aquí, según el trato cerrado en tu presencia y por tu mediación, junto con las ropas y las joyas. Ya conoces las condiciones: tú entregas el dinero a Capadocio y la muchacha al dador». Y él, ¿dónde está? ¿Por qué no ha venido?

GORGOJO.- Yo te lo diré. Hace sólo tres días que llegamos a Caria, desde la India. Está empeñado en erigirse una estatua, toda en oro filípico, de siete pies de alto. Un monumento a sus hazañas.

LICÓN.- Y, ¿con qué motivo?

GORGOJO.- Te lo voy a explicar. Escucha: él solito ha derrotado a los persas, a los plafagones, a los sinopeos, a los árabes, a los carios, a los cretenses, a los sirios, a la Rodia y la Licia, la Peredia y la Perbibesia, la Centaurobatallia y la Claudia. Unomamia, junto con toda la costa libia y todo el territorio de Conterebromia, todo en veinte días. Como ves, la mitad de las naciones.

LICÓN.- ¡Oh!

GORGOJO.- ¿Te extraña?

LICÓN.- ¡Ya lo creo! Si todos cuantos dices hubieran estado metidos en una jaula, no les habrían podido acometer en un año. Ahora veo con claridad que eres digno esclavo de tu amo. Los dos decís las mismas tonterías. Estoy seguro de que te ha invitado él.

GORGOJO.- Si tienes tiempo, aún te puedo contar más.

LICÓN.- No, gracias. Despachemos pronto el asunto que te trae. Acompáñame. Más, mira por dónde, citando a Roma, por la puerta asoma. ¡Salud tengas, alcahuete!

CAPADOCIO.- ¡Que los dioses te sean propicios!

LICÓN.- Te buscaba para cerrar un negocio.

CAPADOCIO.- Tú dirás.

LICÓN.- Yo te daré el dinero y tú dejas partir a la muchacha con éste.

CAPADOCIO.- Hay un juramento de por medio.

LICÓN.- ¿Qué te importa a ti un juramento, si recibes el dinero?

CAPADOCIO.- Eso es lo que yo llamo un buen consejo. Seguidme.

GORGOJO.- Alcahuete, no te demores que llevo prisa.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA *(Narrador)*

NARRADOR.- ¡Por Pólux! ¿Habéis visto qué joya ha encontrado Fédromo en este embaucador, embustero y gracioso criado? Temo que cuando acabe la función haya desaparecido hasta el vestuario. No me fío ni un pelo. Gracias a que yo nada tengo que ver con esto. Por si acaso, vigilen ustedes sus bolsillos. Aunque hoy en día las cosas van por otro lado, ya lo sé. Los pillos han cambiado su estilo y su manera de actuar. ¿O es que piensan ustedes que los banqueros de hoy son tan tontos como Licón? ¡No! ¿Verdad que no? No les voy a mentar ninguno, como haría el descarado de Aristófanes, Estamos en tiempos de la comedia latina y no de la Antigua. ¿Qué digo? Estamos en tiempos de festivales, mucho más civilizados. Ya no hay perjurios, ni embusteros, como entonces. No puedo deciros dónde hallarlos. Ni fanfarrones, ni gente que despilfarre sus caudales, o que presuman de ellos. Ni cuentistas, ni cotillas, ni siquiera putas viejas. Vivimos en el mejor de los mundos, y por eso ha decaído el teatro. Ya no hay con quién meterse, tenemos que recurrir a estas antiguallas del pasado para distraer nuestros ocios. Por no haber, ni siquiera hay cornudos, ni maridos infieles, ni jovencitos que comercien con su cuerpo, tan frecuentes en otros tiempos. Y qué decir de los dioses, aquí mutilados y enterrados para siempre, desprestigiados y desconocidos. Mirad cómo sonrío la luna contemplando el mejor de los mundos, donde los tunantes como Gorgojo no tienen cabida y los alcahuetes sobran. De modo que ahora, cuando termine el espectáculo, podréis dispersaros alegremente por las apacibles y silenciosas calles de la ciudad y llenar vuestros pechos con la pureza y la dulzura de la brisa nocturna y el frescor de la fronda, que las aguas del río fecunda. Pero me parece que escucho el rechinar de la puerta. Alguien entra. De manera que debo poner

freno a mi lengua y salir por donde vine.

ESCENA SEGUNDA (*Gorgojo, Capadocio, Licón y Planesia. Salen todos de casa de Capadocio*)

GORGOJO.- Pasa adelante muchacha. Que yo te vea. No quiero perderte de vista. (*A Capadocio*) ¿Tienes las joyas y las ropas? Me ha dicho que son tuyas.

CAPADOCIO.- No te lo he negado.

GORGOJO.- Por si acaso. Todo hay que decirlo.

LICÓN.- (*A Capadocio*) Yo también quiero advertirte que si alguien la reclama como de libre condición, tú has prometido devolverme todo el dinero, treinta minas.

CAPADOCIO.- De acuerdo, pero puedes estar tranquilo sobre el particular.

GORGOJO.- Yo también te lo quiero recordar.

CAPADOCIO.- Lo recuerdo, te la daré toda entera en propiedad.

GORGOJO.- ¿Que yo reciba en propiedad algo de manos de un alcahuete? ¿Una especie que sólo tiene suyo la lengua, para negar haber recibido dinero prestado? Las personas que vendéis no son de vuestra propiedad, no son de vuestra propiedad las personas que liberáis, no son vuestras a las que mandáis. A nadie fiáis y nadie os fía. Según pienso, vuestra raza es como las moscas, las chinches y los piojos... sois la peste, una calamidad, un estorbo para todos. No dais provecho. Y cualquiera que se precie no se parará con vosotros en la plaza, y si lo hace perderá su fama, aunque nada malo haya hecho.

LICÓN.- ¡Por Pólux! Según veo, bien os conoce el tuerto.

GORGOJO.- Mira quien fue a hablar. Los banqueros sois de la misma calaña, o peor. Ellos, al menos, se esconden para emputecerse, mientras que vosotros os pavoneáis por el propio Foro. Vosotros hundís en la miseria a la gente con la usura, como ellos en los prostíbulos. El pueblo dicta leyes para protegerse y vosotros las burláis. Siempre encontráis escapatoria. Hacéis como con el agua hirviendo, esperáis que se enfríe.

LICÓN.- (*Aparte*) Qué bien habría estado calladito.

CAPADOCIO.- Eres tú muy listo, y sabes hablar mal.

GORGOJO.- Hablar mal de quien no se lo merece, eso es hablar mal; pero si se dice de quien se lo tiene merecido, eso es hablar bien. De todos modos, no necesito tu opinión, ni la de ningún alcahuete. Licón, ¿se te ofrece algo?

LICÓN.- Que te vaya bien.

GORGOJO.- Igualmente.

CAPADOCIO.- Oye tú. A ti te digo.

GORGOJO.- ¿Qué tripa se te ha roto?

CAPADOCIO.- Cuídamela, te lo ruego. Que no le falte de nada. En mi casa ha sido bien tratada y respetada.

GORGOJO.- Si tanto te preocupa, suelta la mosca para que no le falte.

CAPADOCIO.- ¡Mala peste!

GORGOJO.- Para ti. No te vendría mal.

CAPADOCIO.- ¿Por qué lloras? No tengas miedo. Te he vendido a buena gente, por tu bien. Vamos, sé buena y sigue a este señor.

LICÓN.- Muelleflojo, ¿quieres algo de mí?

GORGOJO.- Que te vaya bien. Y salud, ya que no has ahorrado ni esfuerzo ni dinero a un amigo.

LICÓN.- Muchos recuerdos de mi parte a tu patrón.

GORGOJO.- Se los daré. (*Sale con Planesia*)

LICÓN.- ¿Quieres alguna cosa, alcahuete?

CAPADOCIO.- Las diez minas, las necesito para curarme.

LICÓN.- Mañana mismo se te darán. Puedes mandar por ellas. (*Sale*)

CAPADOCIO.- Ya que el negocio se ha terminado, quiero ir al templo para dar gracias a los dioses. La muchacha la compré, cuando era niña, por diez minas. Al que me la vendió no lo he vuelto a ver nunca. Estará muerto, supongo. Y, además, ¿a mí qué me importa? Tengo el dinero. Cuando los dioses quieren todo sale a pedir de boca. No hay duda. Ahora ocupémonos del sacrificio. He decidido cuidarme como debe ser. (*Entra en el templo*)

ESCENA TERCERA (*Terapontígono y Licón*)

TERAPONTÍGONO.- ¡Ay, cómo vengo! ¡Vengo rabioso! ¡Vengo como me pongo cuando destruyo ciudades enteras y solo! De manera que, si no te das prisa a devolverme las treinta minas que te dejé en depósito, ya puedes despedirte de este mundo.

LICÓN.- Pues yo tampoco me quedaré corto y te voy a mandar al mismo sitio adonde mando a los que no debo nada.

TERAPONTÍGONO.- No te me vengas ahora haciendo el feroz, y no creas que voy a suplicarte.

LICÓN.- No te serviría de nada. No me obligarás a entregarte lo que ya ha sido entregado. No estoy aquí para hacer regalos.

TERAPONTÍGONO.- Ya sabía yo cuando deposité aquella suma en tu mesa que jamás me la devolverías.

LICÓN.- Entonces, ¿por qué me la reclamas?

TERAPONTÍGONO.- Quiero saber a quién se la has entregado.

LICÓN.- Al tuerto, tu liberto. Dice llamarse Muelleflojo. Le he hecho entrega, a la vista de estas tablillas selladas, que tú me...

TERAPONTÍGONO.- ¿Qué liberto tuerto, qué tablillas, de qué Muelleflojo me hablas? Yo no tengo ningún liberto.

LICÓN.- Eso es mejor que lo que hacen ciertos alcahuetes, que tienen libertos y luego los abandonan.

TERAPONTÍGONO.- Pero, vamos a ver, ¿se puede saber qué es lo que has hecho?

LICÓN.- Lo que tú me encargaste hacer. Por consideración a tu escrito y a tu sello no mandé con viento fresco a tu mensajero.

TERAPONTÍGONO.- ¿Y has dado por buenas aquellas tablillas?

LICÓN.- A los instrumentos legales con los que se hacen los negocios públicos y privados, ¿no habría yo de dar crédito? Yo me

marcho. Ya tienes la liquidación en regla. Que lo pases bien, guerrero.

TERAPONTÍGONO.- ¿Que lo pase bien, me dices?

LICÓN.- Como quieras. Por mí, como si quieres pasarlo mal el resto de tu vida. A tu gusto.

TERAPONTÍGONO.- *(Solo)* Y ahora, ¿qué hacer? De poco me sirve haber puesto reyes bajo mis plantas, si este mandria se me ha reído en las barbas.

ESCENA CUARTA *(Capadocio y Terapontígono)*

CAPADOCIO.- Cuando los dioses le son a uno propicios, es que no están enfadados con él. ¿No es así? Cuando terminé el sacrificio me asaltó la idea de que el banquero pudiera marcharse fuera, de modo que voy a pedirle los dineros, que donde mejor están es en mi bolsillo. No en el suyo, no en el...

TERAPONTÍGONO.- ¡Se te saluda!

CAPADOCIO.- Salud, Terapontígono Platagidoro. Ya veo que has llegado sano y salvo a Epidauró, te advierto que en mi casa... no has de probar ni la sal.

TERAPONTÍGONO.- ¡Gracias por tu invitación! Pero ya tengo el compromiso... de mandarte al infierno. Por cierto, ¿qué tal se encuentra en tu casa mi mercancía?

CAPADOCIO.- En mi casa no tienes nada y, según mis cuentas, no te debo nada.

TERAPONTÍGONO.- ¿Cómo puede ser eso?

CAPADOCIO.- Lo que te prometí y juré está cumplido.

TERAPONTÍGONO.- Pues, entonces, entrégame a la muchacha, si no quieres que te atravesase con esta espada, farsante.

CAPADOCIO.- Yo seré el que te atravesase a ti. Y no trates de amedrentarme. La muchacha ya se la han llevado y a ti te mandaré muy lejos si no dejas de insultarme. Y no te debo nada, si no es una somanta por insolente.

TERAPONTÍGONO.- ¿Te atreves a amenazarme?

CAPADOCIO.- Así es. Y, ¡por Pólux!, que no serán amenazas si continúas molestándome.

TERAPONTÍGONO.- ¡Un alcahuete se atreve a amenazarme! ¡A mí! ¿Todas mis grandes batallas arrastradas por los suelos? Mi escudo y mi espada me ayuden en esta batalla campal. Si no se me entrega la muchacha ahora mismo, te dejaré troceado de manera que puedan transportarte las hormigas.

CAPADOCIO.- Pues a mí que mis pinzas depilatorias, mi peine, mi espejo y mi rizador, mis tijeras y mis toallas me sirvan, en la medida que yo hago caso de tus amenazas, porque les doy el mismo valor que a la sierva que me lava la letrina. La muchacha se ha entrado a quien trajo el dinero de parte tuya.

TERAPONTÍGONO.- ¿Y quién es ése, si puede saberse?

CAPADOCIO.- Tu liberto, el que dice llamarse Muelleflojo.

TERAPONTÍGONO.- ¿Mi liberto? Ya voy cayendo. Gorgojo me la ha dado con sopas. ¡Él fue quien me robó el anillo!

CAPADOCIO.- ¿Has perdido el anillo? *(Aparte)* He aquí a un militar guapamente alistado en una compañía licenciada.

TERAPONTÍGONO.- ¿Dónde se habrá metido el tal Gorgojo? Tengo que encontrarle.

CAPADOCIO.- En el trigo encontrarás tantos gorgojos como deseos. Hay centenares. Me voy. ¡Que lo pases bien!

TERAPONTÍGONO.- Y tú revienta y pásalo mal. ¿Qué hacer? ¿Me quedo o me voy? ¡Yo burlado de esta manera! Ofrezco una recompensa a quien me diga dónde está el sinvergüenza de Gorgojo.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA *(Gorgojo)*

GORGOJO.- He oído decir que un antiguo poeta escribió en una tragedia que dos mujeres son peor que una. Y es cierto. Pero la peor de todas es esta amiga de Fédromo, lo nunca visto. Mucho menos se puede imaginar o describir otra peor. Cuando vio que tenía este anillo, rápidamente me preguntó de dónde lo había sacado. «¿Por qué me lo preguntas?» «Porque necesito saberlo». Yo me niego a responder. Y ella que me arrea un mordisco en la mano para intentar arrebatármelo. Trabajito me costó escapar de sus dientes y huir. ¡No quiero tratos con esta perra!

ESCENA SEGUNDA *(Planesia, Fédromo, Gorgojo y Terapontígono)*

PLANESIA.- Date prisa, Fédromo.

FÉDROMO ¿Para qué tanta prisa?

PLANESIA No quiero que escape el parásito. Tiene algo importante.

GORGOJO.- Yo no tengo nada. Pues todo lo que tenía lo he gastado rápido.

FÉDROMO.- Ya lo tengo. ¿De qué se trata?

PLANESIA.- Pregúntale quién le ha dado el anillo. Era de mi padre.

GORGOJO.- No, era de mi tía materna.

PLANESIA.- Mi madre se lo regaló para que lo llevara.

GORGOJO.- Y luego tu padre me lo regaló a mí.

PLANESIA.- No digas tonterías.

GORGOJO.- Es mi costumbre. Ellas me ayudan a vivir. ¿Estamos?

PLANESIA.- No me prives de encontrar a mis padres. ¡Por favor!

GORGOJO.- ¿Yo? ¿Acaso tengo aquí dentro a tu padre y a tu madre?

PLANESIA.- Yo nací libre.

GORGOJO.- ¡Toma! Como otros muchos que ahora padecen servidumbre.

FÉDROMO.- Ciertamente, me estás cansando.

GORGOJO.- Ya te he contado cómo me hice con el anillo. ¿Cuántas veces lo tengo que repetir? Se lo birlé al capitán con los dados.

TERAPONTÍGONO.- (*Que interrumpe de repente*) Estoy salvado. ¡Aquí está lo que yo buscaba! ¿Cómo te va, galán?

GORGOJO.- Ya ves. Si quieres podemos dar algún golpe más por el manto.

TERAPONTÍGONO.- ¿Por qué no te ahorcas? ¡Vamos, el dinero o la muchacha!

GORGOJO.- ¿Qué dinero? ¿Qué enredos te traes conmigo? ¿Qué doncella me pides?

TERAPONTÍGONO.- La que te ha entregado hoy el alcahuete, granuja.

GORGOJO.- No me he llevado ninguna doncella.

TERAPONTÍGONO.- ¿Cómo que no? Es esa que estoy viendo.

FÉDROMO.- Ésta es una doncella libre.

TERAPONTÍGONO.- Yo no la he manumitido: esta sierva es mía.

FÉDROMO.- ¿Quién te la ha dado? ¿Dónde la has comprado? Dímelo.

TERAPONTÍGONO.- Este negocio lo he llevado con mi banquero. Y tú y el alcahuete me vais a devolver el dinero cuadruplicado.

FÉDROMO.- Tú que compras muchachas robadas y libres, acude a los tribunales.

TERAPONTÍGONO.- Haré lo que me dé la gana.

FÉDROMO.- ¿Tienes testigos?

TERAPONTÍGONO.- ¿A ti qué te importa?

FÉDROMO.- ¡Que Júpiter te pierda! Desprecias los testigos, pues yo llevaré a éste. Gorgojo, ven acá.

TERAPONTÍGONO.- No puede. ¿Cuándo se ha visto testificar a un esclavo?

GORGOJO.- Oye, yo soy libre, para que lo sepas, de modo que ve al tribunal.

TERAPONTÍGONO.- (*Le zorra*) Ven acá bribón...

GORGOJO.- ¡Ciudadanos! ¡Ciudadanos!

TERAPONTÍGONO.- ¿Por qué gritas?

FÉDROMO.- Y tú, ¿por qué le pegas?

TERAPONTÍGONO.- Porque me gusta.

FÉDROMO.- Ven acá. Yo te lo entregaré si callas.

PLANESIA.- ¡Fédromo, te lo suplico, váleme!

FÉDROMO.- ¡Tanto como a mí y a mi genio protector! Vamos a ver, soldado, ¿de dónde viene este anillo que el parásito, aquí presente, te birló?

PLANESIA.- A tus plantas te lo suplico, habla.

TERAPONTÍGONO.- A vosotros, ¿qué os importa? Si os parece, me podéis preguntar de dónde me vienen el manto y la espada.

GORGOJO.- ¡Cómo se pavonea el fanfarrón!

TERAPONTÍGONO.- Suelta al bribón. Yo os lo diré.

GORGOJO.- No le hagáis caso.

PLANESIA.- Quiero saber la verdad. Te lo imploro.

TERAPONTÍGONO.- Hablaré, pero levanta de ahí. Escuchadme con atención. Este anillo fue de mi padre, Perífanos... Antes de morir me lo dio a mí, su hijo, como es natural.

PLANESIA.- ¡Oh, Júpiter!

TERAPONTÍGONO.- Y me lo dejó en herencia.

PLANESIA.- ¡Por piedad, no me abandones! Siempre te busqué. ¡Salud tengas, hermano mío!

TERAPONTÍGONO.- ¿Cómo podré creerte? Dime, si es verdad lo que dices, ¿quién fue tu madre?

PLANESIA.- Cleóbula.

TERAPONTÍGONO.- ¿Y tu nodriza?

PLANESIA.- Arquéstrata. Ella fue quien me llevó a las fiestas de Baco. Apenas llegamos se levantó un viento huracanado. Al poco se hundieron los asientos. Quedé aterrorizada. Entonces alguno, un desconocido, me arrebató mientras yo permanecía temblorosa y asustada, ni viva ni muerta. No podría decir cómo me llevó.

TERAPONTÍGONO.- Recuerdo que se produjo aquel desastre. Pero, dime, ¿dónde se halla el que te raptó?

PLANESIA.- No lo sé. Pero conservo conmigo siempre este anillo. Lo llevaba el día que me raptaron.

TERAPONTÍGONO.- Déjame que lo examine.

GORGOJO.- Se lo entrega. Está loca.

PLANESIA.- Deja...

TERAPONTÍGONO.- ¡Por Júpiter! Éste es el que te di el día de tu cumpleaños. Lo conozco bien. ¡Te saludo, hermana mía!

PLANESIA.- ¡Hermano mío, salud tengas!

FÉDROMO.- Es pero que este asunto tenga un buen final para los dos.

GORGOJO.- Pues yo que lo tenga para todos nosotros. Tú, que vienes de fuera, darás una cena en honor de tu hermana. Éste dará mañana la cena nupcial. No faltaremos, os lo prometo.

FÉDROMO.- Tú a callar.

GORGOJO.- No quiero callar, ahora que el asunto marcha. Tú, militar, cácala con éste. Yo daré la dote.

TERAPONTÍGONO.- ¿Qué dote?

GORGOJO.- Yo mismo. Que me mantenga siempre, mientras viva.

TERAPONTÍGONO.- Apoyo la propuesta. Y el alcahuete que nos debe treinta minas...

FÉDROMO.- ¿Por qué?

TERAPONTÍGONO.- Porque así me lo prometió, de manera que si alguien declaraba formalmente que la muchacha era libre, me devolvería todo el dinero sin discusión. Vayamos a ver al alcahuete.

GORGOJO.- Lo apruebo.

FÉDROMO.- Antes hay que arreglar mi caso.

TERAPONTÍGONO.- ¿Qué caso?

FÉDROMO.- Que me prometas a tu hermana en matrimonio.

GORGOJO.- ¿Qué esperas, militar, para dársela por esposa?

TERAPONTÍGONO.- Si ella quiere.

PLANESIA.- Y de qué modo, hermano.

TERAPONTÍGONO.- Sea.

GORGOJO.- Bien hecho.

FÉDROMO.- Entonces, señor soldado, ¿me das a tu hermana por esposa?

TERAPONTÍGONO.- Te la doy.

GORGOJO.- Yo también la acepto.

TERAPONTÍGONO.- Eres muy generoso. Pero, mira, mira quién viene por allí, el mismísimo alcahuete, mi hucha.

ESCENA TERCERA (*Capadocio, Terapontígono, Fédromo, Planesia y Gorgojo*)

CAPADOCIO.- Los que afirman que el dinero está mal colocado en casa de los banqueros, dicen tonterías. Yo digo que allí no está ni bien ni mal colocado, simplemente no está. Hoy mismo he tenido la experiencia. El mío, Licón, ha tenido que recorrer todos los bancos para darme diez minas. Finalmente, como aquello no acababa nunca, empecé a reclamárselo a voces y hemos acabado en el tribunal. ¡He pasado miedo pensando que no lo liquidaría delante del pretor! Menos mal que le han obligado los amigos para que me pague de su propia caja. Quiero llegar a casa rápidamente, estoy decidido...

TERAPONTÍGONO.- Oye tú, alcahuete, quiero hablarte.

FÉDROMO.- Yo también tengo que decirte algo.

CAPADOCIO.- Pues yo no tengo nada que decirlos a ninguno.

TERAPONTÍGONO.- Detente, por favor.

FÉDROMO.- Y suelta el dinero rápidamente.

CAPADOCIO.- ¿Por casualidad tengo yo algo contigo, o contigo?

TERAPONTÍGONO.- Tengo que voy a hacer contigo un dardo de catapulta y te enrollaré con la cuerda como hacen las catapultas.

FÉDROMO.- Y yo te acostaré delicadamente encadenado...

CAPADOCIO.- Pues yo, a mi vez, os meteré a los dos en la cárcel y os dejaré morir allí.

TERAPONTÍGONO.- Sujétadle por el cuello y llevadle al tormento.

FÉDROMO.- Déjale que vaya por sí solo.

CAPADOCIO.- En nombre de los dioses y de los hombres. Que me atropellen así, sin juicio ni testigos. Por favor, Planesia, y tú, Fédromo, socorredme.

PLANESIA.- Hermano, no condenes a este hombre sin juicio. En su casa he sido bien tratada y con respeto.

TERAPONTÍGONO.- No lo ha hecho por bondad, sino porque no ha podido. Dale gracias a Esculapio que no te lo ha curado. De haber estado sano te habría enviado a hacer la calle.

FÉDROMO.- Escuchadme, a ver si puedo yo arreglar este negocio. Soltadle. Acércate, alcahuete, que voy a decir lo que pienso.

TERAPONTÍGONO.- Yo lo dejo en tus manos.

CAPADOCIO.- Y yo, si es que no sentencias que alguien toque mi dinero.

TERAPONTÍGONO.- ¿El que me prometiste?

CAPADOCIO.- ¿Se puede saber qué prometí yo?

FÉDROMO.- Con tu propia lengua.

CAPADOCIO.- Pues con esta misma lengua ahora digo que no. la lengua la tengo para hablar y no para arruinarme.

TERAPONTÍGONO.- Es inútil. Apriétale otra vez el cuello.

CAPADOCIO.- Quieto, haré lo que mandes.

TERAPONTÍGONO.- Y ahora que te has vuelto razonable, responde a mi pregunta.

CAPADOCIO.- Pregunta cuanto te plazca.

TERAPONTÍGONO.- ¿Prometiste que si alguien declaraba que esta muchacha era libre, devolverías el dinero?

CAPADOCIO.- No recuerdo haber dicho tal cosa.

TERAPONTÍGONO.- ¿Cómo, lo niegas?

CAPADOCIO.- Pues claro que lo niego, ¡por Hércules! ¿En presencia de quién? ¿Dónde?

TERAPONTÍGONO.- En mi presencia y la del banquero Licón.

FÉDROMO.- Me basta con tu palabra. Bien, Capadocio, te diré mi sentencia: esta doncella es libre. Éste es su hermano y ella es su hermana. Ella se casará conmigo y tú devolverás el dinero al soldado. Ese es mi juicio.

CAPADOCIO.- Has dictado una sentencia parcial, Fédromo, te arrepentirás. Y tú, guerrero, sígueme y que los dioses te destruyan.

TERAPONTÍGONO.- ¿Adónde debo acompañarte?

CAPADOCIO.- A casa de mi banquero y del pretor. Allí es donde liquido mis cuentas.

TERAPONTÍGONO.- Aquí mismo las vamos a liquidar, y ahora, si no quieres ir al potro.

CAPADOCIO.- ¡Mal rayo te parta!

TERAPONTÍGONO.- ¿De verdad?

CAPADOCIO.- De verdad, ¡por Hércules!

TERAPONTÍGONO.- ¡Que me conozco, Capadocio, que me conozco!

CAPADOCIO.- ¿Y qué?

TERAPONTÍGONO.- ¿Que qué, preguntas? (*Amenaza con los puños*) Con ellos te volveré razonable.

CAPADOCIO.- (*Aparte*) Habrá que pagar.

TERAPONTÍGONO.- Eso está muy bien.

FÉDROMO.- Hoy haremos las bodas. Invito a cenar.

TERAPONTÍGONO.- ¡A cenar! ¡Todos a cenar! Digo, ¡todos aplaudid!